

Una infancia argelina

Por M. X

Tenía ocho años en 1937. En esa época, mi padre era jeque en T..., localidad que se encuentra a cincuenta o sesenta kilómetros de V..., el pueblo de nuestra familia. Como mi padre quería que sus hijos recibieran instrucción, nos dejó a mi hermano mayor y a mí en casa de nuestro tío para que recibiéramos ahí la educación árabe. Por ese tiempo, mi padre y sus hermanos vivían juntos.¹ No había pues nada que temer respecto a la alimentación. Por otra parte, dos de mis tíos trabajaban en París. Aquel que seguía en la casa, en T..., cultivaba la tierra. Teníamos un par de bueyes, una vaca y cinco carneros.

Nosotros, los niños, íbamos a la mezquita de V... y estudiábamos de las cuatro a las ocho de la mañana. Luego, de las ocho a las diez, nos quedábamos en la casa, jugábamos o colocábamos trampas para atrapar gorriones. A las diez, buscábamos leña y como vivíamos cerca del bosque no necesitábamos más de hora y media para ese trabajo. Cuando regresábamos, ya estaba nuestro tío en la casa para la comida, pero algunas veces se quedaba en el campo y teníamos que comer solos. Yo rezaba siempre para que estuviera ahí porque no me gustaba comer solo con sus hijos, uno de los cuales era tan sucio que me daban ganas de vomitar cuando veía cómo le escurría la nariz. Me provocaba náuseas a propósito porque se lamía los mocos. Me peleaba con él, pero como eso terminaba siempre en un pleito general, dejé de hacerlo. Un día, mi padre, que había llegado de visita, me preguntó si estaba enfermo por lo delgado que me veía; le contesté que únicamente tenía hambre. Entonces tuvo una disputa con su hermano y le dijo que si tanto le molestábamos nos llevaría con él. Mi tío replicó que eso eran cosas de niños, que nos consideraba sus hijos y que nadie tenía derecho a decirle que no se ocupaba de nosotros. Cuando mi padre se fue, dijo:

—Si tuvieras verdadera hambre no verías lo que Brahim tiene en la nariz. Cuando seas grande comprenderás eso. Y ahora, vete con ellos a la mezquita.

En ese momento me sentí muy desgraciado, pero no pude decir nada. De todas maneras, si me faltaba la comida de mediodía podía reponerme en la noche cuando mi tío estaba ahí. Al terminar la cena nos pedía que le contáramos todo lo que habíamos aprendido en el día; él era "coránico" y más fuerte que mi padre. En seguida, nos preguntaba lo que queríamos ser cuando fuéramos grandes. Su hijo mayor quería llegar a ser un gran mufti, y el joven un caíd; mi hermano quería ser jeque en una zahúya; yo quería ser jeque como mi padre.² Mi tío decía a su hijo más joven —apodado Brahim a causa de su color mate— que no tenía el hocico de un caíd³ y que mejor debería buscar otra cosa. A los dos, igual que a su hijo mayor, nos decía que estaba muy contento de nosotros. Lamentaba que mi padre, con toda su instrucción, viviera como un mendigo caminando de un pueblo a otro. Decía que hubiera sido mejor que fuera jeque de una zahúya con los alumnos, que por lo menos ellos se hubieran beneficiado con su sabiduría. Nosotros le preguntábamos por qué, pero nos mandaba a la cama.

Todo esto pasaba entre 1937 y 1939. Durante esos dos años muchas cosas cambiaron en nuestra familia. Por principio de cuentas, las continuas peleas entre los niños;⁴ luego, las peleas pasaron a las mujeres:

—Fue tu hijo el que golpeó al mío.

—Fue el tuyo el que comenzó.

—No. Tu hijo le quitó un higo al mío.

—Mi esposo trabaja en el campo, si las higueras dan higos es gracias a él.

—Pero gracias al dinero que mi marido manda de París tenemos una mula, dos bueyes, una vaca, los carneros, y gracias a él podemos comer carne una vez por mes. Nosotros⁵ no tenemos muchos niños y nuestros maridos son los que alimentan a los niños que ustedes hacen por docenas, igual que los cerdos.

Eso se repetía todos los días. Una vez, la mujer de Omar confesó a mi tío que su marido se había exilado voluntariamente para ayudar a sus hermanos, que no estaban capacitados para educar a sus hijos. Mi tío acabó por darle un bofetón. Fue ésa la primera vez que vi golpear a una mujer. Durante dos o tres días, ella no se atrevió a entrar a la casa. Poco más tarde, la mujer de mi tío Ali cayó enferma. Era un trastorno, porque tenía una niña de muy poca edad. La mujer de Taieb se dedicó a curarla y a su vez cocinaba con la mujer de Omar

para todos nosotros. Pero las dos mujeres quisieron demostrar a mi tío lo indispensables que eran. La mujer de Omar se fue a casa de sus padres sin prevenirlo, contrariamente a la costumbre; la otra, dos días después, permaneció en la cama fingiendo que estaba enferma.

Felizmente, mi tío era muy buen cocinero. Me mandó con sus dos hijos a cuidar a los animales. Luego, después de que preparó la comida, fue a buscarnos. Para tenernos contentos nos montó en la mula. Nos dio de comer. En seguida, puso una ración de cuscús en un plato, una taza de salsa y nos pidió que lo acompañáramos a ver a la mujer que se decía enferma. Le deseó buenos días:

—¿Cómo te quedaste en la cama sin que yo lo supiera, Aldjya? Creí que te habías ido con tus padres. Si no es por mi mujer no me entero de que estabas enferma. Como ella no puede moverse, yo cociné. Hay que atender a las enfermas antes que a nadie. Por eso te traigo cuscús y salsa.

La mujer estaba verdaderamente humillada. Quiso levantarse pero mi tío se lo impidió, le puso una almohada en la espalda y le dio de comer en la boca. Ella se atragantaba, pero era preciso que comiera.

—Pillos —nos dijo guiñándonos un ojo—, ¿por qué me dijeron que estaba en casa de sus padres? ¿Y si se hubiera muerto?

Por fin, confesó que no estaba enferma y le pidió perdón.

Por desgracia, su mujer empeoraba. No se le ocurría otra cosa para curarla que escribir palabras árabes en pedazos de papel. No había ningún doctor en la región y los jeques sólo sabían curar con las plantas y las escrituras. Esta mujer (que además de la pequeña Fátima tenía otra niña y tres niños) era una persona muy buena. Nunca había hecho diferencia entre sus hijos y nosotros y siempre decía que se hubiera entendido mejor con nuestra madre (que vivía con mi padre y mis otros hermanos) que con sus otras cuñadas. Nadie hubiera podido decir que mi tío sufriera por la enfermedad de su esposa: siempre estaba sonriente. Pero nunca se apartaba de ella; no se ocupaba de las tierras ni de los animales. Ya no iba al mercado, a pesar de que le gustaba tanto, montado en su hermosa mula, con su albornoz blanco y los zapatos muy lustrosos. No salía para nada y permanecía al lado de la enferma cargando a la pequeña Fátima. Pero no podía hacer nada por esa mujer que sufría pidiendo que aquello terminara, con la muerte o con las medicinas. Duró seis meses en ese estado. Alta y gorda como era terminó más pequeña que una cucharita de café.

Un día —me acuerdo que era martes porque era el día del mercado— llegó un mensajero. Era un hombre fornido con un gran bigote, el albornoz sucio y en lugar de zapatos pedazos de hule cortados de una llanta de automóvil. Jugábamos detrás de la casa y nos pidió que llamáramos al tío Ali.

—Si Dios quiere, son buenas noticias —dijo.

Desgraciadamente era todo lo contrario.

—Bien venidos seas —añadió mi tío invitándolo a entrar.

Para el huésped inesperado siempre hay en nuestra casa un catre, una almohada, agua, una lámpara de petróleo y libros en árabe, en el cuarto destinado a las mujeres solteras. Es ahí donde se reza cuando no alcanza el tiempo para ir a la mezquita.

El mensajero no estaba muy bien educado y no tenía costumbre de encontrarse con gentes que hablaran tan suavemente como mi tío. Lo interrumpió:

—Oh, marabut, no puedo entrar. Vengo a decirte solamente que desde hace diez días no se ha visto a tu hermano salir de su casa.

Se fue sin darnos tiempo de preguntarle de cuál hermano se trataba.

Mi tío se asustó mucho con esta noticia. Se veía solo como jefe de una familia de veinte personas.

—Oh Dios mío —dijo—, ¿por qué él y no yo?

Mandó a mi hermano a llamar a uno de nuestros primos. Preparó la mula y dijo a su hijo:

—Súbete a la mula y ve a buscar a Salah; tráelo vivo o muerto.

Estábamos en julio y hacía muy buen tiempo. Por la noche, la mujer de mi tío se tendía sobre un colchón de paja. Todos estábamos junto de ella, alrededor del *kanun* (un hoyo cavado en el suelo, en el cual se hace fuego y se coloca encima un

tripié que soporta la marmita para cocinar) y el tío nos contaba cuentos.

Al día siguiente, alrededor de las once, llegaron mi padre, mi madre, mis hermanos y mis hermanas. Mi padre se encontraba tan cansado que se desmayó. Creíamos que se había muerto. Empezamos a llorar y llegaron los vecinos para ver lo que pasaba. No habíamos tenido tiempo de retirar el equipaje de las cinco mulas: comida, pollos, una cabra y dos cabritos. Como a las seis, mi padre volvió en sí. Nos miró con lágrimas en los ojos. Lo abrazamos. Con nosotros estaban los vecinos —hombres, mujeres y niños— y una docena de perros. Se hubiera dicho que habían olfateado la carroña.

En menos de ocho días, mi padre comenzó a caminar ayudándose con un bastón. Pero la mujer de mi tío estaba cada vez peor. Cuando pudo caminar, fue a verla. Le dijo que ella también se iba a curar. Pero, ¿cómo podía curarse sin medicinas? Murió una semana después. Fue terrible para mi tío Ali: se quedaba viudo con cinco hijos, la más pequeña de un año. Lo que más me admiró es que no lloró. Escondía su pena con una sonrisa triste. Ya no se ocupó de nada, ni de la tierra ni de los animales. Ni siquiera pensaba en rezar. Sólo se preocupaba por sus hijos: los lavaba, los vestía y jugaba con su pequeña Fátima que era la que sustituía a su mujer. De vez en cuando mi madre lo visitaba e intentaba hacerle salir o que paseara por el pueblo. Pero él no quería ver ni luz, ni árbol, ni alma viviente; sobre todo no quería oír hablar de su mujer. Así estuvo más de un mes.

Un día, mi tío Taieb llegó de París con regalos y vistió a todo el mundo. Nosotros, los niños, estábamos muy contentos. Cada quien recibió una *gandura*, un par de alpargatas y una bolsita de chocolates. Todos lo acompañamos el día del mercado. Compró carne que comimos la misma noche con gran alegría, porque casi nunca la comíamos. Se repartió también entre los vecinos, como es costumbre. En su lugar, hubieran hecho lo mismo.

Los tres hermanos se hallaban, pues, reunidos. Omar, el cuarto, seguía en París. El regreso de Taieb produjo una reorganización de la familia. Fue designado como responsable, en lugar del viudo Ali. Volvieron las peleas entre los niños, entre las mujeres y finalmente entre los hombres, sobre todo entre mi padre y Taieb; Ali permanecía neutral. La mujer de Taieb estaba encinta, y mi madre tenía demasiado trabajo

con sus hijos para cocinar para dieciocho personas: mi padre, su mujer y sus seis hijos, Ali y sus cinco hijos, el hijo y la mujer de Omar el parisino, Taieb y su mujer. La mujer de Omar pedía una cabra para su hijo único y Taieb quería comprarla. Mi padre, que había cedido la suya a Ali, se opuso.

—¿Por qué no una vaca? —dijo—. Dale tu pantalón y tu cartera e iremos a comprarla al mercado.

Así no se habla entre hermanos, por lo que Ali intervino: —No has entendido —dijo a mi padre— lo que quiere decir Taieb. Tú y yo tenemos cinco y seis hijos mientras que ellos no tienen nada. Hace mucho tiempo que Omar y Taieb quieren separarse de nosotros; ya lo ha dicho la mujer de Omar. Si Taieb regresó de París es porque está de acuerdo con Omar. Por eso vas a ser tú el que tome las riendas. Lo que resulta molesto para mí es que en caso de repartir los bienes no sé lo que voy a hacer: si buscar trabajo en otro lado o quedarme con los hijos.

Mi padre lo tranquilizó: se sentía capaz de trabajar para las dos familias y su mujer se ocuparía de todos los niños.

Dos o tres días más tarde, se invitó a los viejos del pueblo; en primer lugar al jeque de la zahúya, al caid y al jefe de la *djemaa*. Había veinte personas en total. Se trataba de comprometer a los tres hermanos para que no se separaran. La reunión se efectuó después de la oración, hacia las nueve de la noche. Después de la cena, el jeque tomó la palabra, luego el caid y al fin mi abuelo materno. Toda la familia se encontraba afuera y trataba de escuchar, sobre todo nosotros, los niños.

—Mis queridos hermanos —dijo el abuelo— henos aquí reunidos según una vieja tradición, igual que en otro tiempo alrededor de Abdelah⁶ que era para nosotros como un padre. El hijo de Abdelah nos ha llamado para repartir la tierra. Yo lo lamento y juro ante Dios que no soy de los que quieren separarlos sino de los que quieren unirlos.

Después de haber escuchado esas palabras, el jeque salió pasando entre las mujeres.⁷ Todos estaban enojados contra mi padre y mis tíos.

Continuaron las peleas. Pero era necesario que esto terminara porque el dinero traído por Taieb se había acabado. Omar no mandaba nada, Ali no trabajaba, las provisiones traídas por mi padre se habían terminado. Nosotros, los niños, nos peleábamos por los higos secos para acabar con el *kufi*.⁸ Rondaba



"sopla el viento de nuestro país. / El león de los leones juró que seremos libres"

la miseria. ¿Qué hacer en pleno mes de febrero? Taieb escribió a Omar pidiéndole dinero, pero éste contestó que guardaba lo que poseía para venir a vernos durante las vacaciones, en agosto. Entonces los tres hermanos se decidieron por la repartición de bienes.

Mi tío Taieb, al regresar del mercado, llamó a mi hermano mayor Mohamed y a mi primo Abdelah⁹ y les dio una porción de cereales, cerca de cuatro kilos de garbanzos, dos o tres cebollas y cabezas de ajos. Nada de carne y nada de chocolates. ¡Qué decepción! Lo importante era la repartición de tierra en cuatro partes. Se llamó a los vecinos. Los que no fueron la primera vez ya no quisieron molestarse en ir. Es mediodía, se come, se discute, se toma una cuerda, se mide. Lo primero que se elige se reserva al parisino.¹⁰ Enseguida escogen los otros tres. Mi padre y Taieb le dieron, cada uno, mil francos a Ali para que se volviera a casar, lo que hizo una semana después.

También los niños fueron divididos. No nos hablábamos, pero peleábamos constantemente. Poco después, mi hermano Mohamed dejó la casa para irse a la zahúya, donde debería reunirme con él uno o dos meses más tarde. En efecto, mi padre, ocupado por el trabajo, ya no pudo procurarnos ninguna instrucción.

Un día, mi padre, que había peleado en la guerra de 1915 a 1918, se dijo que podía regresar tranquilamente a Francia. Sabía francés y encontraría un trabajo fácilmente.

—Todo el dinero que salga del banco de Francia será para mí.

Fue a pedir consejo a mi abuelo. Se come, se discute. El abuelo dice que mi padre debe dejar alimentos a los suyos por lo menos para un mes. Ya se encontrará amigos para el dinero del viaje. El martes se había reunido la suma necesaria y el sábado salió para París.

Esto fue lo que nos dejó: una porción de cereales, una porción de higos, dos kilos de garbanzo, una cabra y dos carneros. Me acuerdo perfectamente. El día de su salida, me mandó a cuidar la cabra y los carneros en un campo al lado del camino que se toma para ir al mercado. Me llamó, me besó y me dio un puñado de higos y un buñuelo: sus provisiones para el camino. Además, me dio veinticinco centavos que perdí ese mismo día. Dos gruesas lágrimas rodaban por mis mejillas.

Después de su partida, nos fuimos a vivir una semana a casa del abuelo. Ahí no había casi nada para comer y llorábamos a la hora de la comida. Inmediatamente mi abuelo se fue a vivir con nosotros. De esa manera había una persona mayor en la casa: padre o abuelo. Es lo mismo. Ocho días después, recibimos una tarjeta postal:

"Mis queridos hijos: llegué con bien. Espero que estén bien. Les mando esta carta que besé muchas veces pensando, a cada momento, que los besaba a ustedes."

La tarjeta representaba un gran barco y nos peleamos para ver quién la guardaba. Mi madre nos la quitó. Pasó una semana y recibimos una carta y un paquete. Según la carta, trabajaba en un gran garaje que se llamaba "La Francesa". Un garaje de taxis.

La guerra estalló quince días después. Mi tío, el parisino, fue movilizado. Yo no tenía diez años, pero cuando uno vive al día, se acuerda de la miseria que ha pasado. Mi padre regresó treinta y cinco días después de su salida. Todos lloramos porque nuestro tío se había quedado. Como dicen las gentes, ir a Francia es "ir directamente al depósito de cadáveres". Mi padre nos trajo tenedores, platos, cuchillos de cocina, cortaplumas, sábanas, un tapete y un calentador que aún está en la casa. Parece que las estaciones estaban llenas de soldados, que los barcos y los trenes no admitían civiles. Mi padre tuvo que tomar un barco español que lo llevó a Orán en lugar de Argel. Sólo en mi familia fueron movilizadas cinco mujeres. El tío Omar nos escribió una carta desde Issoudun en donde había encontrado a un paisano. Todo el mundo compraba periódicos y podía verse a diez personas rodear al que leía en voz alta. Me acuerdo de que todo el tiempo se hablaba de la Royal Air Force. Me acuerdo también de esta frase: "Hitler no quiere más ofrecimientos de paz." El nombre de Hitler se volvió de uso común. Las mujeres también hablaban de él. Todos hablaban de la guerra. Se decía que los alemanes estaban a cuarenta kilómetros de París. Se hablaba mucho de Daladier. Después fueron otros nombres: Petain, Goering, y sobre todo Churchill. Se hablaba también de Polonia. El día que los alemanes entraron en París, el profesor lloró diciéndonos: "Francia ha muerto." Pero algunos —entre ellos el que apodaban Hitler— tenían ansias de ver a los alemanes.

Durante todo ese tiempo, la miseria nos acorralaba: se acabaron las provisiones, la ropa, los chocolates. Necesitábamos

tarjetas de abastecimiento y de esta manera supe de la existencia del cacao y del chocolate en polvo. Al principio nos tocaban diez kilos de sémola por persona y por mes; muy pronto se redujeron a dos kilos. No había trabajo. Ya no se trabaja en el campo porque no hay semillas. Nosotros, que ni siquiera conocíamos las ensaladas, tuvimos que comer yerba. Nuestro pan de cada día fue el desecho que antes dábamos a las gallinas. El trigo era como la carne: nadie lo recordaba. Las bolsitas de cacao estaban llenas de gusanos. En el bosque, las mujeres se arrebatan las bellotas que comían los jabalíes. Pero en mi familia no se podía imitar a los kables: cuando se ha leído el Corán no se tiene derecho de obligar a la mujer a trabajar. Es preferible morir de hambre que hacer salir a las mujeres.

Casi al principio de 1939, me reuní con mi hermano en la zahúya. Estaba feliz de ir. Al llegar, besé la frente de todos los estudiantes, que se hallaban reunidos, antes de la comida, en una gran casa, sentados en el suelo o sobre algunas alfombras con una lámpara de petróleo en el centro. Me acuerdo que mi hermano estaba sentado del lado derecho de la entrada. Hice mi primera tarea. Ese día me aburrí mucho porque no conocía a nadie. Por otra parte, no era ésa la manera de sentarse para comer que acostumbábamos en la casa. Uno tenía que desenvolverse completamente solo, que estar a tiempo para la comida. Lo que más me molestaba era la estricta organización de los estudiantes: doce *mokadem* (jefes) encargados del estudio y la disciplina y veinticuatro *vakil* para vigilar los alimentos y la higiene, cuatro *marabuts* para los asuntos extranjeros. En caso de grave dificultad entre los estudiantes —en invierno llegamos a ser entre ciento sesenta y ciento ochenta—, un comité se reunía con el jeque. No se puede correr, jugar, fumar o cantar en las zahúyas. No se debe subir la voz excepto, si es preciso, en los estudios. Éstos comienzan a las cuatro de la mañana y terminan hasta las siete. Luego, de ocho a diez, de las doce a las cuatro y de las ocho a las once de la noche. Descansamos de las cuatro de la tarde del miércoles hasta el jueves a medianoche. En ese periodo practicábamos algún deporte: judo o rugby. También, para que no se nos olvidara, leíamos el Corán. Comíamos cuscús a mediodía y en la noche, higos secos a las cinco de la tarde. No teníamos derecho de ir al mercado, salvo si se necesitaba comprar algo para la zahúya. No teníamos derecho de volver a casa si no se trataba de una fiesta o de la enfermedad de un pariente. Comíamos carne una vez al año. Todos dormíamos en la misma casa.



"la guerra estalló quince días después"

En 1941, no teníamos nada para comer. El Estado no quería reconocer a la zahúya como escuela pública. Hubo que cerrarla. El último día, el más viejo de los jeques dijo un discurso:

—Estamos aquí reunidos, mis queridos hijos, no para estudiar sino para decirnos adiós. Hace muchos años que, todos reunidos, luchamos contra la ignorancia y el analfabetismo. Nos han ayudado todos los valientes kabiles. Pero ahora hemos llegado al momento en que el hombre reniega de su hijo: la situación me obliga a renegar de ustedes. He hecho todo lo posible para evitarlo, pero las puertas me han sido cerradas. Fui a ver al administrador, quien me envió al subprefecto, y éste me envió con el prefecto, que me dijo que fuera a ver al gobernador general; ahí me dijeron que no nos conocían. Tienen que regresar a sus casas. Les avisaré si hay alguna novedad.

Un mes después el jeque nos reunió. Era un lunes. Después de la comida —hubo carne— nos dijo que no había ninguna novedad pero que tenía una idea: redactar una lista de estudiantes y solicitar una tarjeta de abastecimiento para cada uno o, mejor aún, pedir a los padres una de sus tarjetas. Diez días después se volvió a abrir la zahúya. Me quedé ahí desde esa época hasta 1943 o 44. Pasé hambre, pero menos que en mi casa.

Fue durante este tiempo que empezamos a investigar de dónde provenían los males del país. Algunos estudiantes decían que habría que hacer algo de inmediato; otros opinaban que era mejor esperar el fin de la guerra. Cuando íbamos al mercado, los antiguos alumnos nos preguntaban cosas. ¿Qué podríamos decirles? ¿La verdad o una mentira, nuestra hambre o “todo va bien”? Se intensificaron las relaciones entre las zahúyas y en todas partes se estuvo de acuerdo en la necesidad de reivindicar nuestros derechos. Después de nuestra tercera petición, vimos llegar al administrador con un contralor y cuatro inspectores de la DST, quienes reprocharon al jeque el hacer política en lugar de enseñar el Corán. Por esa misma época, la zahúya de Sidi Ali Bouneb fue ocupada por el ejército y el santo lugar se transformó en caballeriza; un buen número de estudiantes fueron deportados a Colomb-Béchar y los demás se dispersaron en otras zahúyas. La población se rebeló cuando supo de esta profanación. Comenzó entonces la represión: Sidi Ali Bouneb fue quemado y los hombres, las mujeres, los niños y los animales, masacrados; los senegaleses y hasta los *gouniers* marroquíes violaron a las muchachas. Quince días después del desastre todavía podía olerse la carroña. En nuestra zahúya, el jeque despidió a los doce *mokadem* para que la autoridad creyera que hacía “limpia”. Entonces todos quisimos irnos, pero nos explicó que íbamos a ser perseguidos por las autoridades francesas y marcados para el resto de la vida. Nos dijo que lo mejor era quedarnos y callarnos. Antes de un mes, llegó el subprefecto de Tizi-Ouzou para hacer un control cuidadoso de la biblioteca. Los franceses quemaron algunos libros y se llevaron a una docena de estudiantes que nunca volvimos a ver. Además, fueron arrestados cuatro o cinco *ulema*. La población comenzó a indignarse.

Poco después, Messali Hadj, Lahouel el Hocin y Mezerna hicieron un viaje por Kabília. Protegidos por una autorización de la prefectura, hacían política. Messali y Lahouel hablaban en francés y Mezerna en árabe. Todos los kabiles dejaron sus asuntos para escucharlos. Eso pasó un lunes. En Tizi-Ouzou se reunieron más de mil hombres por la mañana. En la tarde, llegaron en coche a Azazga acompañados de cuatro policías. Los días siguientes fueron a Los Aghribs y a Michelet. Luego, a la región de Constantina; pero Messali fue arrestado. Vino entonces una represión terrible: más de cuarenta y cinco mil muertos. Toda Kabília ardió en llamas. Nadie dormía. Todos nosotros, incluyendo a las mujeres, nos organizamos en comités y en células. Los estudiantes formábamos parte de los *ulemas*. Gracias a una medida administrativa, prohibieron los periódicos, pero los vecinos nos informaban de los acontecimientos. Nos contaron que se cotizaban a cincuenta francos por persona y por mes, y que en cada pueblo había un dirigente. Ya no se obedecía a los caídos. Los campesinos mataron a más de una decena de ellos. Pero, en venganza, más de diez mil kabiles fueron arrestados. Las paredes de la cárcel no impedían, sin embargo, oír sus cantos:

*Oh mis hermanos, despierten,
sopla el viento de nuestro país.
El león Messali nos lo ha traído,
el león de leones juró que seremos libres.*

Nuestra alma se llenó del deseo de independencia. El gobierno tomó medidas que fueron ejecutadas por los caídos. Todo aquel que cantara el himno sería privado de su tarjeta de



“Cuando uno vive al día, se acuerda de la miseria”

abastecimiento, lo mismo que su familia. Además, sería deportado a Colomb-Béchar. En caso de reincidencia toda la familia sería deportada y vendidos sus bienes. Nadie hizo caso; se cantó y el caid de Azazga, el primero que puso en práctica esa medida, fue asesinado dos días después por un hombre elegido por el pueblo. Tres días más tarde, la policía detuvo a diez hombres que nunca volvimos a ver. A las dos semanas, un jefe de *djemaa*, de Ait Aissi, denunció a cuatro hombres que habían cantado el himno. También fue asesinado. La policía tomó entonces treinta rehenes. Lo mismo sucedía en Ighil Zekri, en Abizar, en Haut-Sebaou, en Assif el Hamam y en toda Kabília.

Se decidieron por las elecciones. Las urnas fueron depositadas en las oficinas de los caids. Se nos había prometido que el voto sería libre y que los militantes del PPA, del MPLD y los representantes de los *ulema* vigilarían la regularidad del proceso electoral. Dos días antes de la votación, el caid subió diez quintales de sémola de trigo a los camiones de la SIP custodiados por la policía de caminos. Llegaron diez gendarmes para garantizar el orden... o el desorden. El caid los recibió con comida y licores. Se divirtieron mucho. Se distribuyeron ropas a todos los viejos de la comuna. Me acuerdo de un viejo que recibió un abrigo de piel y que, por bromear, comentó que era de piel de cochino. Fue arrojado al suelo y durante una semana no dejó de implorar a Dios.

La votación debía comenzar a las ocho de la mañana. Ahí estaban todos los militantes, pero un cuarto de hora antes de

abrir la oficina la policía los encerró en una casa. Uno de ellos intentó escaparse, pero fue capturado. A fin de intimidar a los asistentes, el administrador subió a un jeep con una ametralladora en la mano y le dijo al pobre infeliz:

—Ya que corres tan bien muéstranos tu talento. Corre delante del jeep. Si dejas la carretera te doy un balazo en las nalgas y si te alcanzo te aplasto como a un sapo.

Empezó la carrera con ráfagas de ametralladora cada vez que el pobre infeliz intentaba escaparse por el campo. La carrera terminó cuando se desmayó. Entonces, el administrador, de pie en el jeep, se dirigió a la multitud:

—Si uno de ustedes no vota como el caído ordena, tendrá que correr como ese que ustedes han visto; ya verán quién se cansa primero: ustedes o mi jeep. Aquel que vote como el caído le diga, tendrá cuscús y carne. Si todo resulta bien habrá mil francos para todo el mundo.

Durante ese tiempo los gendarmes le daban de culatazos a los militantes. Inmediatamente, éstos tuvieron que caminar sesenta kilómetros a pie detrás de los caballos de la policía. Fueron condenados a dos meses de prisión sin juicio.

Cuando pasó la epidemia electoral, comenzó la de la tifoidea. En cuarenta días, trece muertos. La explicación era simple: falta de alimentos, de vestidos, de abrigos, de higiene. Entre 1937 y 1947, nunca vi a un médico. Se llenaron los cementerios.

1947. Nuestra "primera comunión" de pequeños militantes del partido de los *ulema*. Nuestro trabajo consistía en preparar a las personas para que recibieran instrucción, hacer propaganda para que las puertas de la zahúya se abrieran a toda la juventud, defender los derechos de la mujer musulmana y proteger a los profesores. Reclamábamos también el derecho de leer no importa qué libro de historia, de aprender lo que quisiéramos, de poder asumir cargos públicos, abolir la discriminación racial, respetar la ley coránica. De manera más práctica reclamábamos el derecho de aprender en una pizarra y no en una plancha,¹¹ de escribir con pluma y no con un trozo de caña, de tener profesores. Se construyeron zahúyas, pero el gobierno las convirtió en casas administrativas para los caídos y los policías de camino. Queríamos que los habitantes de Kabília resultaran hombres instruidos e inteligentes en vez de ser inteligentes pero analfabetos. Queríamos que fueran leales y no salvajes. Después de los hombres, se educaba a las mujeres, pero era preciso comenzar por los hombres; de otra manera, ¿cómo podría pasarlo la mujer? Nuestros *ulemas* fueron torturados y deportados. Todos pensamos que esto terminaría por un estallido interior o exterior. Tuvimos ocasión de comprobarlo perfectamente. Habíamos comenzado con dulzura, pero teníamos que llegar a la fuerza. No podíamos quedarnos con los brazos cruzados. Era necesario borrar todos los sufrimientos que nuestros conciudadanos tenían grabados en el cerebro. Cuando los que se lanzaron a la revuelta nos habían mostrado el camino, tuvimos que seguirlos. No había otro camino y no podíamos dar un solo paso atrás. Vale más vivir libre que morir en prisión física o moral. ¿Qué quedaba de los argelinos? Nada, sólo su fantasma. Pero, si por todos lados, si en la prefectura de policía se me trata como argelino, ¿por qué no voy a ser digno de ser argelino?

De 1947 a principios de 1950, casi éramos felices. La guerra y el tiempo habían cambiado a los hombres. Atravesaron en masa el Mediterráneo y conocieron la libertad. Por una parte, la guerra los endureció y comenzaron a parecerse a los franceses de Argelia. Hablaron con los turcos, los egipcios, los rusos, los alemanes, los italianos, los ingleses, los americanos. Fueron considerados como hombres y les parecía que había llegado el momento en que Francia, por la cual se habían sacrificado tanto, reconocería su derecho a la independencia. Pero todo esto no es más que un sueño. Los colonos no quieren que los nativos estén a su altura. Aun esos americanos, esos italianos, todos los "blancos", no consideran verdaderamente a los argelinos como sus iguales. Viven entre ellos, en comunidad, prefieren a los alemanes —contra los cuales acaban de combatir— que a los argelinos, quienes sin embargo ayudaron a vencerlos.

El gobierno deja a los colonos actuar libremente. Se hace el sordo para no escuchar la voz de los nativos. Les cierra la boca, y Soustelle y luego Lacoste transforman a Argelia en un matadero. Argelia estalla. Tuvo suerte Mollet: lo único que él recibió de ese estallido fue un tomatazo.

Dejé Argelia a los veinte años por varias razones. La primera, porque no podía soportar ver a mi padre en la miseria, la segunda porque quería continuar mis estudios y necesitaba dinero para vestirme y para estar un poco limpio. En fin, tenía edad suficiente para responder de mis propios actos. Hablando como yo lo hacía, violaba la ley francesa y fue mi

propio padre el que me aconsejó un día que debería dejar el país o callarme para no crearle problemas a mi familia. Al día siguiente solicité una carta de identificación. Pedí prestados quince mil francos. Era un jueves. El viernes por la noche anuncié a mi padre mi salida y el sábado me fui a Francia. No tenía más que una pequeña maleta. Mis hermanos y mis hermanas lloraron. Yo también tenía ganas de llorar, pero no me salieron las lágrimas. Mi padre no me dijo nada y tampoco me miró de frente. Pero me besó en el momento de subirme al autobús. Entonces me pidió que no olvidara nunca la razón que me obligaba a partir y que no me olvidara de mis hermanos en caso de que él muriera.

Llegué a Argel a las cuatro de la tarde. Me sorprendió ver una ciudad tan grande con sus muros blancos, automóviles, gentes bien vestidas, musulmanas con el rostro cubierto, francesas muy blancas y en short. Estaba casi loco de alegría. Ya no pensaba en mi familia porque me sentía en el paraíso. Mi primo Abdelah me había acompañado. Me guiaba y me llevaba de la mano. Como el avión era muy caro, me reservó un lugar en el barco "La Ville d'Alger". Luego, me llevó a un restorán. Fuimos a ver una película egipcia. El domingo en la mañana, como a las siete, Abdelah me despertó y fuimos a tomar café en Si Amar; estuvimos en el puerto. Vimos los barcos. Encontré a algunos muchachos que conocía y al hijo del caído. Todos se sorprendieron de verme ahí. A las diez, me encontré solo en el barco. Hacía un tiempo espléndido, pero me sentía aislado y con ganas de llorar. Dos pequeños remolcadores acompañaron al barco. Empecé a preguntarme acerca de Francia. Me preguntaba si las casas de París serían tan blancas como las de Argel, si habría tantas calles y un barrio especial para los árabes, como en Argel.

De pronto, sentí una mano sobre mi hombro y escuché una voz que decía:

—Adiós Argelia. Ya estamos separados de nuestros padres, de nuestros amigos, de nuestras oraciones.

Era un árabe de Medjana que también iba a París. De cuarenta años, grande y delgado, con bigotes. Suspiró profundamente y se quedó callado durante unos minutos. Sus ojos estaban fijos a lo lejos, sobre el agua que brillaba con el sol.

—Si tuviéramos fábricas en Argelia como en Francia, estaríamos mejor aquí que allá adonde vamos. Pero para tener fábricas hay que tener hombres que las construyan y dinero con que comprar el material.

Hablaba como si se preguntara a sí mismo. Añadió:

—Te hablo y no sé si me entiendes.

Le respondí:

—Para tener todo eso se necesita una cierta instrucción y apuesto a que tus hijos nunca han ido a la escuela.

Entonces retiró su mano de mi hombro:

—Perdóname, olvidaba que estaba apoyado en ti. Y tú, ¿cuánto tiempo has ido a la escuela?

—Acabo de dejarla —le dije.

—¿En francés o en árabe?

—En árabe.

—Te felicito.

—No hay por qué. Voy a un lugar donde olvidaré todo.

—¿Crees que olvidarás la ciudad que acabas de dejar?

—No.

—Pues bien, eso pasará con tus estudios.

—Mis estudios no me servirán para nada en París.

—Para ti, tal vez. Pero servirán para los que no tienen nada en la cabeza.

—¿Crees que van a escucharme?

—Hay que tener paciencia.

—Soy joven, tengo veinte años, me creerán loco o dirán que hablo como *marabut*.

—Escúchame bien: si fueras un *marabut* no irías a Francia. Te quedarías en Kabília para seguir la rutina. Pero lo que buscas es la evolución para ti y tus hermanos. Mira cómo me ha marcado la vida. No tengo cincuenta años como crees. Tengo cuarenta. Cinco hijos, una sola casa. Acaba de morir mi padre. Con ésta son cincuenta veces que cruzo el mar. ¿Y tú?

—La primera.

—¿Estás casado?

—No, pero tengo que sostener a un hermano, tres hermanas, a mis padres. Si voy a Francia es porque estoy obligado. Si no tuviera familia hubiera continuado mis estudios. Pero mi padre no puede trabajar. Soy joven. Sabré soportar el frío en Francia.

—No solamente hay frío sino también falta de alojamiento. Los franceses no quieren alquilarnos habitaciones; dicen que somos malos y sucios. Lo único que nos dan como trabajo es la limpieza de las letrinas; todo lo que los franceses no quieren



"La guerra y el tiempo habían cambiado a los hombres"



"Nos quedábamos en la casa, jugábamos"

hacer. Si hacemos un trabajo de especialistas, nos pagan como a obrero común y corriente. Más vale lavar letrinas y dejar a los franceses lo mejor. De esa manera no se aprovechan de nosotros.

El día pasó rápido. Del sol nada más veíamos el amarillo del crepúsculo. Soplabla una brisa ligera.

Miró el cielo y me dijo:

—Ayer estaba con mis hijos. Hoy estoy en el mar. Si hay un mañana, estaré en el cielo con los ángeles.

—¿Crees en Dios? No te olvides que durante más de dos años oré delante de cincuenta personas cinco veces al día. Entonces, si crees que Dios puede hacerte mal tienes que probármelo.

—Tienes razón. Pero tú eres joven y no conoces el mal. Cuando tengas mi edad te acordarás de mis palabras y tal vez tú, que has orado tantas veces, maldecirás a aquel por quien has rezado.

—No sé lo que la vida me reserva. En todo caso sé que si soy joven lo es también el diablo. Ya lo ves: no confío en mí.

—¿También tu padre fue a la escuela?

—En nuestra familia todos hicimos los estudios coránicos. Luchamos por la lengua árabe. No se trata de engañar a los kables como muchos lo pretenden,¹² puesto que desde el principio los *marabuts* han combatido la influencia francesa. Por otra parte, los franceses lo saben perfectamente. Han hecho todo lo posible para que abandonemos nuestra tarea: mira a los caídos, a los policías de camino, a los diputados, a los funcionarios del gobierno general; casi todos son hijos de antiguos *ulemas* a los cuales se les quitaron sus bienes para tenerlos a su merced, para que le deban todo a los franceses, para convertirlos en nuestros peores explotadores. Pero en conjunto, todos pensamos lo mismo. Los franceses se dan cuenta y han cerrado muchas veces las medersas: la de Ben Badis, por ejemplo, que fue deportada porque reclamaba justicia, el derecho de leer y hacer leer todos los libros, el reconocimiento de la lengua árabe.

Comenzaba a hacer frío en la cubierta. Bajamos a esa especie de dormitorio que se llama la tercera clase y nos tendimos en dos literas que habíamos alquilado. Hacia las diez de la noche, sacamos la cena. Mi compañero tenía tres trozos de galleta, higos secos y casi un kilo de uvas. Por mi parte, en mi maleta tenía huevos duros, buñuelos, dulces que me dieron mis primos, cuatro rebanadas de corazón de buey y una sandía. No tenía hambre, no tenía costumbre de comer en camino, pero temí molestar a mi compañero: aquel que tiene vergüenza de comer con sus amigos no puede tener amigos, me dijo una vez mi profesor.

Mi amigo se durmió un poco más tarde. Cuando se despertó, me encontró leyendo.

—¿No tienes sueño? Lo mejor que puedes hacer es intentar dormirte, porque todavía nos espera un camino muy largo.

Lo intenté. Pero mucha gente hablaba y luego algunos pasajeros empezaron a marearse. No entendía lo que pasaba y hasta llegué a pensar que el vapor se iba a hundir. Los niños lloraban y vomitaban todo el dormitorio. Hasta vi que un gato vomitaba también y eso me pareció tan chistoso que estallé en carcajadas. También me puse mal pero no pude vomitar y me sentí todavía peor.

Por fin llegamos a Marsella. Pero me sentía tan mal que no vi nada. En todo caso, no me acuerdo de nada. No tenía fuerzas en las piernas y si no hubiera sido por el tipo que encontré, me hubiera quedado en el barco. Pero él me tomó de la mano, me llevó a un café-hotel árabe y me obligó a acostarme en un cuarto. Ahí me quedé hasta las cuatro de la tarde. Cuando desperté, el patrón quiso darme de comer pero todavía sentía el olor del barco y no puede tragar nada. Aparte de eso, ya me sentía mejor.

Una hora después tomé el tren. Me sentí peor que en el barco y no tuve a nadie que me acompañara. Dejé el tren entre las siete y las ocho de la mañana en la estación de Lyon. Un taxi me llevó hacia el domicilio de mi hermano Mohamed.

II

Mi primera salida en París fue al bosque de Bolonia. Iba acompañado de un camarada, pero éste me había confiado que tenía que irse a su trabajo. Cerca de la iglesia de la Porte de Champerret, me dijo que debía de seguir solo, en la misma dirección, hasta el bosque. Me aseguró que no tendría dificultades para el regreso: lo único que tenía que hacer era regresar por el mismo camino. ¿Habría olvidado que yo no sabía francés o quería fastidiarme?

Fui, pues, al descubrimiento de ese famoso bosque y pronto dejé de pensar en el regreso. Muy acogedor, no se parecía en nada a los bosques salvajes de Mabula. Creí que iba a encontrar jabalíes, monos, chacales, liebres, corriendo libremente. Claro que no hay nada de esto, pero me sentía muy feliz y respiraba plenamente. Sin embargo, había algo que me molestaba mucho: la casi desnudez de las mujeres. Cada vez que veía a una en short, sentía tal vergüenza que enrojecía y volteaba la cara. Me parecían unos diablos y si hubiera podido hablarles les hubiera hecho reproches, les hubiera dicho que no era justo que se pasearan de esa manera.

En un momento dado, me detuve frente a un niño de tres o cuatro años, sonrosado, vestido solamente con un calzoncito, que me sonreía feliz. Tuve deseos de tomarlo en brazos; pero, ¿qué hubiera podido decirle? Entonces miré a su madre que inmediatamente volvió la vista a otra parte y comprendí que gritaría si yo tocaba al niño. Continué mi camino, pasé junto a un lago y finalmente me encontré en el boulevard Murat. Tuve miedo: ¿cómo regresar? Me había perdido. Felizmente tenía un papel con la dirección de mi hotel. Se lo enseñé a un paseante que llamó a un policía. Pude comprender que éste me preguntaba si llevaba dinero. Como sí llevaba llamé a un taxi que me condujo hasta mi casa. Estaba tan cansado que me acosté inmediatamente: en el piso, porque la cama estaba demasiado caliente y demasiado blanda para que pudiera dormir ahí. Me costó mucho tiempo acostumbrarme a ella.

Una semana después de mi llegada, empecé a trabajar en un garaje del suburbio noroeste. Me sentía contento, pero mi ignorancia del francés me impedía conservar este trabajo. Además, el patrón era muy grosero y a mí no me gusta que me hablen brutalmente. Todas las noches mi hermano me explicaba cómo se lava un automóvil. Me reprochaba mi disgusto con los demás y decía que era yo quien tenía que comprenderlos y no ellos a mí. Un día, el patrón me dio su automóvil para lavarlo. Debí hacerlo bien porque me regaló docientos francos de propina y eso, en 1949, era mucho. Sin embargo, quince días después me despidieron. Sólo duré dos meses.

Durante un trimestre comí del sueldo de mi hermano. Estábamos en noviembre y comenzaba a hacer frío. Me daba vergüenza que me mantuvieran. Por eso acepté con alegría el dinero que un amigo me prestó para regresar a Argelia. Allí, me dije, si no encuentro trabajo puedo pedir limosna, mientras que aquí ni siquiera sé como pedir limosna en francés. Me fui en diciembre de 1949. En Argelia, viví en el Casbah en casa de uno de mis primos. Eramos cinco en el cuarto y todos me preguntaban sobre los franceses de París, sobre las casas, los jardines, el metro, las estaciones, el Sena, las calles, las fábricas. Gracias a este primo pude colocarme en una gran lechería.

El trabajo era muy pesado y al principio creí que no podría resistirlo. Pero mi primo le había dicho al patrón que yo era un buen empleado y no quería dejarlo mal. A fin de mes, me pusieron a tatar las botellas de leche pasteurizada. Me entendía muy bien con mi jefe y pronto llegó a ser como un hermano. En efecto, no sólo me daba de comer en su casa a cambio de algunos trabajos extras que me confiaba, sino que todas las noches, durante dos horas, me enseñaba a leer y escribir el francés. Siempre lo recordaré: cada vez que abro la boca para hablar francés veo su sonrisa. Hizo de mí un hombre capaz de hablar a los otros hombres, aun a aquellos que no hubieran querido escucharme, a esos franceses de Argelia que se creen aislados del mundo. Me hizo mucha gracia saber que era judío y empecé a pensar de otra manera sobre el racismo. Por desgracia, tuve que dejarlo y no sé lo que ha sido de él. (Más tarde intenté buscarlo. En vano.) Un día recibí un telegrama de mi hermano pidiéndome que regresara a París. Fui —en julio de 1950— porque lo creí enfermo o herido por un cliente del café-hotel del cual era gerente. Pero, simplemente, quería que lo ayudara.

Empecé a trabajar detrás del mostrador y como conocía a algunos clientes, los negocios prosperaban. Mi hermano no quería decirme en qué empleaba las ganancias y acabamos por pelearnos. Si no me tomaba como socio tenía que pagarme como a un empleado. No quiso oír nada pretextando que yo no tenía edad para meterme en sus asuntos. Al día siguiente, le pregunté a un cliente si no sabía de algún empleo para mí y dos días después fui contratado en una fábrica de Colombes. Quince días más tarde me pusieron a pintar con pistola pero seguían pagándome como a un peón. Fui a ver al patrón y protesté. Me contestó que podía elegir: recibir ese sueldo o largarme. Hay mucha gente sin trabajo, dijo. No vacilé: le respondí que, a partir de ese momento tenía cuarenta horas de plazo para buscar un sustituto. Estaba de nuevo sin trabajo. Reemplacé a un amigo en un garaje y como se enfermó pude conservar el

puesto. El trabajo era agotador. Atendía veinte coches diariamente por diez mil u once mil francos quincenales. Después me dejé embaucar de nuevo por mi hermano y volví al café. Me sentía el dueño detrás de la caja, pero habíamos tenido que pedir prestado y como mi hermano gastaba mucho —llegó a apostar en las carreras— tuvimos que abandonar el negocio a los seis meses, con tal cantidad de deudas que tardé mucho tiempo en pagarlas. Lo hubiera matado.

Me sentía tan descorazonado que no quería ver a nadie, ni volver a trabajar, ni ir a ningún lado. Tenía la impresión de que por todas partes, en las calles de París, se burlaban de mí, me señalaban. Pero había que comer. Volví al garaje. Me acostumbé. Algunos clientes eran generosos conmigo.

Estábamos en 1951. Todavía cambié de trabajo y hasta llegué a ser durante algún tiempo repartidor a domicilio. Me aislé durante más de dos años, casi no vi a mis hermanos argelinos y a fuerza de hablar nada más con los franceses acabé por considerarme como uno de ellos, como un francés auténtico. Tenía una amiga francesa. Un día que estaba con ella en el metro, oí a dos mujeres comentar en voz baja: "Mire a esa puta. Se diría que no hay suficientes franceses para que tenga que ir a buscar a un *bicot*." Casi me ahogué de rabia. ¿Qué podía hacer? Mi amiga quiso contestar, pero la abracé diciéndole: "Si quieres enfurecer a esa mujer, no digas nada. Bésame y verás cómo se baja del metro enseguida." Así sucedió. Las dos mujeres bajaron en la estación siguiente murmurando: "Es una vergüenza. No deberían dejarlos subir al metro o bien ponerlos separados en un tren especial." Viví casi dos años con esa muchacha. Pero no podía durar. A fuerza de oír todos los días las mismas cosas, terminó por creer que yo era un animal. Además, las circunstancias habían cambiado y yo no podía decirle lo que hacía todas las noches, desde que salía de mi trabajo hasta la una de la mañana.

De 1945 a 1952, no me ocupé de política. No iba a las reuniones del PPA. Los dirigentes del partido de los *ulemas* se habían dispersado. Mis problemas familiares no me dejaban tiempo para nada. Veía muy raramente a los argelinos que conocía y sólo recordábamos con nostalgia nuestras casas. La mayor parte de nosotros íbamos a la escuela nocturna. Por esa época, el PPA controlaba a casi todos los argelinos. Pero al principio de 1953, nos dimos cuenta de que había dificultades en el partido. Desde hacía algún tiempo nos preguntábamos lo que Messali quería, y nos decepcionábamos porque teníamos la impresión de que sólo buscaba el poder. Por ese tiempo encontré a un amigo que no había visto desde 1949. Había cambiado mucho y parecía tener miedo de algo o de alguien. Me dijo que había estado en Túnez donde había intentado seguir sus estudios. "Pero no era ése el momento, porque había revolución en Túnez y me regresaron a Argelia. Me dijeron que ahí serviría más." Le pregunté para qué iba a servir.

Me explicó que contaba conmigo, que no había venido a París a trabajar, que se preparaban muchas cosas importantes en Argelia y que por eso nos buscaba. "Por el momento lo que tienen que hacer es muy sencillo. Después ya no sé. Para empezar, hay que reunir a todos los argelinos y organizarlos aunque no le guste a las gentes de Messali." No entendí bien lo que quería decirme y durante mucho tiempo pensé en ello. Para salir de dudas debería estar en contacto con mis hermanos argelinos. Después de todo, a lo mejor yo era el único que ignoraba lo que pasaba. De esta manera me encontré de nuevo dentro del movimiento. Eso dificultaba las relaciones con mi amiga. No entendía por qué me ausentaba en las noches. Nos peleábamos. Acabó por comprenderlo: me encontraba tan cansado que dormía mal y en sueños dije lo que debía callar. A partir de ese momento no dejó de interrogarme sobre lo que hacía.

La vida no resulta chistosa. Teníamos encima a los patrones, a la policía, a los messalistas. Los policías registraban los hoteles. Entraban como a una caballeriza y tiraban todo; llegaron a quitar los focos y a levantar el linóleo buscando documentos. Sus primeras palabras eran siempre las mismas: "Arriba las manos, partida de cerdos." Nos arrinconaban y nos registraban. Recibíamos algunas patadas y golpes, pero lo gozaban insultándonos y eso para mí era lo peor. Nos registraban en la calle. A veces nos subían a un camión y nos obligaban a desnudarnos, aun en pleno invierno, para ver si no llevábamos armas o papeles. Nos metían el dedo en el ano. ¿Con qué objeto? Cinco minutos después de que nos dejaban libres volvíamos al trabajo.

El papel de los messalistas, de acuerdo con la policía, era matar a los miembros del FLN. Tuve oportunidad de constatarlo varias veces. Un día comí en un café argelino. La policía llegó y empezó el registro, minucioso como siempre: hasta en el plato de cuscús. Los policías no encontraron nada. Se fueron, e inmediatamente tres hombres llegaron y sin decir nada



"Me sorprendió ver una ciudad tan grande con sus muros blancos"

dispararon: tres muertos y once heridos. Me salvó una columna tras de la cual pude ocultarme. Al día siguiente, leí en el *Parisien Libéré* que era un golpe del FLN. De rabia, rompí el periódico y juré no comprarlo nunca más. A ese café sólo iban miembros del FLN y no fueron ellos los que dispararon. No digo que el FLN no haya nunca matado gentes, pero jamás de esa manera ciega: sólo se ejecuta a las personas que han sido juzgadas y condenadas. Si el *mussebil* se equivoca y mata a alguien, será condenado a su vez.

En 1955 y 1956, casi todos los argelinos querían volver a sus casas con objeto de unirse con los maquis. Algunos tenían mucho miedo en Francia; otros pensaban que serían más útiles en Argelia y que el dinero que se gastaba no servía para nada. A este respecto muchos de ellos no comprendían la importancia de sus donativos a la causa. Hubieran querido saber en un solo día todo lo referente a la organización. Por supuesto, todo el mundo quería trabajar en ella, pero con frecuencia por el orgullo de saber o de mandar. Muchos de los que hubieran podido ayudar no lo hicieron por miedo de las responsabilidades o por horror de discutir. Eran pacíficos. Pero a fuerza de ver que las cosas iban mal, asistieron y la organización mejoró. Hoy, todos cooperan en la región parisina. Esto no quiere decir que sólo hay una categoría de argelinos. Existen aquellos que se inclinan por la independencia y que no tienen miedo de decirlo a la policía. Por el contrario, existen quienes trabajan por ella. Y luego están los que vacilan porque tienen miedo. Estos últimos son los más peligrosos porque, si son detenidos, pueden delatar a los otros.

Muy pronto supimos lo que significaba ser arrestado. Un día conversaba con un amigo que había estado seis meses en prisión. Me contó las torturas con agua y electricidad. No quería creerlo hasta que me enseñó las huellas en su cuerpo: eran como cicatrices de vacuna, pero negras. Contándome lo que había pasado, su voz y sus manos temblaban como si su verdugo estuviera todavía frente a él. Otro amigo me contó cómo lo detuvieron en la avenida de la Grande Armée, cómo lo llevaron a la comisaría de L'Etoile, luego a la Villete y a Fresnes, y por último al Chatelet donde lo golpearon hasta que se desmayó. "Me encerraron tres días; me golpearon y me

insultaron para obligarme a decir que yo había matado a tres personas que encontraron muertas en el bosque de Bolonia. Me pasaron a la electricidad. Al final, me sentía paralizado, ni siquiera podía tragar una cucharada de sopa, ya no sentía el dolor. Entonces decidieron llevarme a una clínica antes de presentarme al juez de instrucción. El coche salió de París por la Porte Dauphine. Lo sé porque ahí fue donde me desperté tirado en el suelo. Me habían vendado los ojos y como empecé a gritar porque creí que iban a matarme, me patearon hasta que volví a desmayarme. Me encontré en un cuarto muy limpio. Apareció una mujer bastante joven de ojos verdes, nariz pequeña, con las piernas llenas de vello. Me dio de beber y me inyectó tres veces sin que me diera cuenta. 'Todos los árabes tienen la piel dura', dijo. Me preguntó: '¿Qué hiciste para que te pusieran en tal estado? ¿Eres un jefe o un matón? Si tienes algún amigo puedo enviarle algún recado. También puedo buscarte un abogado.' Como no contesté, añadió: 'Creí que tú eras del FLN. Por eso te hablo así. Tuve un amigo que era jefe del FLN. Los policías lo mataron como van a matarte. Puedes hablarme.' Como permanecía callado, volvió a decir: 'Bueno, peor para ti.' Un poco después, llegaron los policías, me llevaron con el juez que a su vez me envió a la Santé. A los dos días vi a un abogado que iba, dijo, de parte de uno de mis primos. No sabía qué decirle. A los seis meses me pusieron en libertad provisional." Fue entonces cuando lo vi. El día del juicio no se presentó ante el tribunal, que lo condenó a cinco años de prisión. Se escondió durante un mes. No lo volví a ver pero más tarde recibí una carta de él, desde Túnez.

Redadas, interrogatorios, golpes, registros en los hoteles; llegué a conocer todo eso al igual que mis hermanos. ¿Para qué contar los detalles? Siempre es lo mismo. No tiene ninguna gracia contarlos y yo mismo no tengo gracia para hacerlo. Cuando pienso en mí, casi enloquezco con las respuestas que me doy. Pierdo el sueño y llego a detestar a todo el mundo. Mi mayor distracción consiste en mirar a los niños. Quisiera darles consejos aunque me crean el más débil de los hombres. Quisiera escribir, pero necesitaría más calma y otra cosa que no fuera esta pocilga donde vivo, sin agua ni calefacción.



"Mirar a los niños, darles consejos"

Un día, a las cuatro de la mañana la policía barrió con el hotel donde vivía. Se llevaron a cuatro amigos y los torturaron durante trece días en la Villete. No sé lo que fue de ellos. Muchos jefes importantes fueron también detenidos por culpa de un tal Omar, un delator. Como había huido del barrio y permanecía escondido, creyeron que yo había sido detenido como los otros. Cuando regresé, me mandaron a otro lado. En efecto, estaba demasiado nervioso y no soportaba a los jóvenes que habían sucedido a mis camaradas: constantemente solicitaban misiones, se arriesgaban inútilmente y, además, hacían muy mal el trabajo cotidiano. Es cierto que yo vacilaba siempre frente a las responsabilidades, tenía miedo de equivocarme, sobre todo cuando se trataba de condenar a alguien. Tuve y todavía tengo la tendencia de ponerme en el lugar del acusado. Me digo que aquel que acusa a alguien tal vez lo hace por razones personales. No tengo miedo de la cárcel ni de la muerte, pero no puedo ser responsable de la muerte de otro. La situación era difícil donde estaba trabajando. Entre mil quinientos argelinos, ni siquiera había cincuenta que hubieran ido a la escuela. Había que hacerles entender la necesidad de la disciplina. Enseñarles la historia de Argelia y de nuestra revolución. Al fin, caí enfermo. El trabajo principal consistía en agrupar a las gentes en organizaciones que convenían a su oficio y a su carácter: los comerciantes, los simpatizantes, los militantes propiamente dichos, el tribunal de justicia y, en fin, pero aparte, los grupos de combate cuyo valor me dejó siempre asombrado. Por las noches trabajaba en un garaje con objeto de permanecer solitario y poder reflexionar. En suma, me encerré con la esperanza de encontrar un día un poco de la verdadera libertad. Mi vida tiene algo de irreal, repartida entre mis sueños de soledad y la acción con mis hermanos, pero privada de las relaciones que hubiera querido tener con las gentes. Renuncié a las mujeres, pero me persigue la imagen de una. Intento saber lo que soy, de hacerme una idea sobre mis ideas. Busco educarme, pero tengo la impresión de saber menos que antes. Mi único sostén es pensar en Argelia, en mis hermanos; entonces no dudo de la victoria.

En el barrio donde vivo, los franceses me consideran como un *kruya* y no como un *fellaga*. Encuentran que soy "evolucionado". Pero olvidan que un evolucionado acaba forzosamente en un revolucionario. Apuestan mi cabeza... Se han acostumbrado a mí y no me molestan. Por ejemplo, Pierrot

me pregunta regularmente si visito centros como el de Vincennes. Pero si me detienen y ve mi nombre en el periódico pensará que lo he traicionado.

Mi salario es de cuarenta mil francos. Pago cinco mil francos por el cuarto, como una vez al día por quinientos francos y envío quince mil a mi familia. Mis únicas vacaciones son las enfermedades. En el garaje, después del trabajo, tomo un libro o escribo todo lo que se me ocurre. Es cansado pero eso me ayuda a pasar la noche. Les simpatizo a los clientes porque soy servicial y evito las discusiones. A la larga, me he hecho amigo de dos o tres de ellos. La amistad comienza simplemente porque me hablan con amabilidad, no me tutean, no se toman por seres superiores. Los otros me preguntan sobre la guerra, sobre mis opiniones, sobre lo que ellos llaman "arreglar cuentas" con los argelinos. Quisieran saber si yo colaboro, de qué lado estoy. En cambio, mis amigos no me preguntan nada; sólo si tengo familia en Argelia, si estoy tranquilo en Francia. No dicen como los otros: "Si yo fuera el jefe haría esto o aquello", "dejaría Argelia a los argelinos", o bien "fusilaría a Ben Bella y a su pandilla" y hasta "haría que todos los europeos de Argelia volvieran a Francia, mandaría a todos los argelinos a Argelia y los dejaría reventar de hambre". A éstos los dejo que hablen.

Al principio, mi patrón no me hablaba de la guerra. Comenzó a abrir la boca después del golpe del canal de Suez. Por una parte, aprobaba a Guy Mollet, pero por otra estaba contento de que se hubiera levantado el bloqueo del canal. Gracias a Nasser aumentaban sus ganancias —la gasolina le daba más dinero—, pero según los periódicos era Nasser quien ayudaba a los *fellagas*. No sabía qué pensar. En realidad sólo le interesaban sus asuntos personales. En ocasión de los sabotajes de 1958 me dijo que estaba dispuesto a dar dinero al FLN con objeto de salvar su garaje. "Si alguna vez tienen la intención de venir a quemarlo pregúntales cuánto dinero quieren." Le respondí que si lo hacía, me iría del garaje. No creo que quisiera ponerme una trampa; simplemente tenía miedo. Nada más le interesa el dinero. Sin embargo, se encela cuando me ve trabar amistad con un cliente: no entiende. Al principio me trató con tal desprecio que creí que me iba a despedir enseguida. Frente a él, para tratar de saber lo que pensaba de mí y ver qué clase de tipo era, fingía conocer apenas el francés. De esa manera, pude escucharlo injuriarme a gusto, persuadido de que no le entendía. Pero una noche me oyó hablar con un cliente. Se sintió terriblemente humillado, pero como es tonto y miedoso no supo qué hacer. Desde entonces, desconfía de mí y trata de encontrarme en una falla. Un día, sacó sesenta mil francos de la caja y me acusó de haberlos robado. Cuando me equivoco a favor suyo en las cuentas no me dice nada, porque todo es beneficio para él a menos que yo le reclame. Por lo demás, me equivoco voluntariamente para ver qué hace y para comprobar la idea que tengo de él. Lo conozco perfectamente y lo sabe: de esa manera, sin muchas historias, trabajamos juntos desde hace mucho tiempo.

Podría seguir contando. ¿Pero cómo hacerlo? Por principio de cuentas hay cosas que no puedo decir y luego, si resulta fácil contar lo pasado —puesto que uno ya salió de eso, porque parece una historia—, es más difícil decir lo presente: todo llega al mismo tiempo y uno no sabe qué es lo más importante. Más tarde, tal vez...

—Traducción de Juan Vicente Melo

NOTAS

¹ No es que vivieran en la misma localidad sino que cada quien trabajaba para todos.

² El que quería ser mufti se encuentra ahora en una prisión francesa.

³ Un caíd es hechura de la administración francesa.

⁴ Los de Ali, que viven en T..., y los de sus cuatro hermanos: el narrador y su hermano, hijos de Salah, jeque de V..., y los hijos de Omar y de Taieb, que trabajan en París.

⁵ Son las mujeres de Taieb y de Omar que vivían con sus hijos en la casa, con Ali y su esposa.

⁶ Abdelah: el padre muerto de los cuatro hermanos.

⁷ Ignoraba por qué lo habían llamado. Furioso, se fue violentamente sin que nadie pudiera acompañarlo.

⁸ Especie de silo.

⁹ El primo mayor lleva el nombre del abuelo.

¹⁰ El más joven escoge el primero. Si hay un "parisino", es él quien comienza. Como no estaba ahí, los vecinos eligen en su nombre. De esta manera, no podrá decir que los hermanos se han aprovechado.

¹¹ Una pizarra permite aprender más puesto que se puede borrar lo que uno ha aprendido y volver a empezar.

¹² Los *marabuts* han reprochado a los *marabuts* el practicar un cierto sectarismo.